

oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1857.

NOTICIA

De la aparición de Nuestra Señora

DE

LOURDES.

Lourdes es una pequeña ciudad de Francia, en el departamento de los Altos Pirineos.

Cerca de esta ciudad, en las orillas del rio Gave, se encuentra una roca abierta en su base por tres escavaciones irregulares que forman unas grutas que llaman Masabiel, que en el dialecto del país quiere decir: Rocas Viejas.

Antes del día 11 de Febrero de 1858, no había en los alrededores de la ciudad lugar mas desierto y solitario que este. En una de esas grutas, cierta jóven de Lourdes, de catorce años de edad, llamada Bernarda Soubirous, pobre é ignorante, tuvo las siguientes visiones.

La Santísima Virgen María se le apareció varias veces en el lugar mas árido de la gruta. Durante una de sus apariciones brotó una fuente milagrosa, cuya agua ha obrado después un gran número de prodigiosas curaciones.

Multitud de personas venían á buscar en esta agua el remedio de sus males. Después de una quincena celebrada en honor de María. Bernarda había vuelto varias veces á la gruta sin oír la voz interior que la llamaba irresistiblemente. Esa voz la volvió á oír el día 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación, y no fué engañada. María se le apareció de nuevo. ¡Oh Señora! le dijo

ella, dignaos tener la bondad de decirme quién sois y cuál es vuestro nombre. A estas palabras, la Señora parecía brillar con mayor resplandor, como si su alegría fuese en aumento. Bernarda repitió tres veces la misma pregunta.

Entonces oyó esta respuesta:

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN. Toda hermosa y sin ninguna mancha. Ese es mi nombre, hija mia. Esa es mi gloria. . . Ese es el privilegio que me llena de felicidad. Inmaculada. . . es decir, siempre pura, siempre unida á Dios tres veces Santo: por la inocencia yo soy el jardín cerrado, en donde todo es de Dios, donde todo se eleva hacia Dios, en donde todo atrae las bendiciones de Dios.

Soy la Fuente Sellada, cuyas aguas cristalinas saltan hasta el cielo y descienden en lluvias de misericordias y gracias sobre la tierra.

Si quieres acercarte á mí, huye del mundo y de sus alegrías co-

rrompidas. Si quieres recibir las gracias, cuyo canal purísimo soy yo, ten abierto continuamente tu corazón á mi amor con una confianza de hija. Si quieres parecerte á mí, guarda y cultiva en tí el hermoso lirio de la inocencia, con la vigilancia y la oración.

Te he repetido tres veces esta palabra misteriosa, ¡penitencia!, y sábelo hija mía, aunque Purísima, hice penitencia. Sabe, pues, que solo la penitencia es la que guarda ó vuelve la inocencia.

¡Oh Madre mía! replica la Pastora; ¡Oh Inmaculada, oh Purísima, Santa y virginal María...! si supieran quien sois, ¡cuántos corazones serían arrancados del poder de Satanás, cuántas almas atraídas por vuestra hermosura se unirían á Vos para siempre!

Mostraos, pues, al mundo perdido en las tinieblas del pecado. ¡Oh resplandeciente Estrella de la mañana! curad nuestros ojos, abridlos

á la luz divina, y que su influencia purifique lo que está manchado, y vivifique lo que está muerto, y haga renacer en todos los corazones el puro y Santo amor de Dios por las lágrimas dulces de la penitencia.

PRÁCTICA.—Unir sus oraciones á las de la Archicofradía de la Felicitación en Lourdes.

VISITA

A Nuestra Señora de Lourdes.

Bendita seais, Virgen Purísima, que os habeis dignado aparecer, hasta diez y ocho veces toda resplandeciente de luz, de dulzura y de bondad en la gruta de Lourdes, y decir á la humilde y sencilla niña que os contemplaba extasiada:

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

Bendita seais por los favores ex-

traordinarios que no cesais de dispensar á quien os invoca confiado.

Por vuestro corazón de madre, oh María, y por la gloria que os ha dado la San Iglesia, os rogamos pidais por el Soberano Pontífice, por la misma Iglesia, y por nuestra patria, y que hagais realizar las esperanzas de paz y de felicidad que hizo nacer la declaración dogmática de vuestra Inmaculada Concepción.

Se podrá rezar el Rosario, por ser la devoción recomendada por la misma Santísima Virgen, en su aparición; ó en su defecto cinco Ave Marías.

ORACION

Ó CONSAGRACIÓN QUE LOS PADRES DE
FAMILIA HACEN DE SUS HIJOS Á

Nuestra Señora de Lourdes.

¡Oh Virgen Purísima! Yo os ofrezco y consagro especialmente á los

hijos que Dios me ha dado, rogandoos que os digneis conservar Vos misma su inocencia. No permitais, Señora, que las pasiones, sofoquen en ellos la voz de la razón y de la conciencia. Querría mejor, como la reina Blanca, verlos muertos, antes que verlos en peligro de perder la corona de la inmortalidad. Iluminadlos, para que conozcan su vocación, y después de haberlos ayudado á seguirla y á cumplir con las obligaciones que ella les imponga, haced, Señora, que vuestra protección los sostenga contra las tentaciones, y les haga perseverar en la virtud. Dignaos también alcanzarnos á todos las gracias necesarias para la salvación, y especialmente la perseverancia final, y sed Vos misma la que en la hora de nuestra muerte nos abra las puertas del Cielo. Así sea. *Una salve.*

VISITA
A MARIA SANTISIMA.

Teniendo á la vista una imagen de la Purísima Concepción, se le hará una visita para interesarla en nuestro favor, y que nos conceda cuanto le pidamos. Mirando su Imagen con los ojos del cuerpo, con los del alma contemplemos su hermosura y grandeza en los Cielos.

DIGAMOS CON DEVOCIÓN Y HUMILDAD.

¡MARÍA! Qué nombre tan encantador y divino! ¡¡¡MARÍA!!! Oye benigna mi voz, aunque indigna, por

ser voz de un pecador, pero pecador que desea amarte, desea alabarte, y que todas las criaturas del cielo y de la tierra te alaben y te amen. María, niña Hermosa, Virgen Pura, Cándida Paloma, Blanca Azucena, Brillante Lirio, Fragante Rosa, Cielo Divino, Alegría de los Cielos, Dulzura de mi corazón, Encanto de mi alma. ¿Quién te crió tan admirable? ¿Quién te formó tan bella? Ah! la Omnipotencia del Padre derramó sobre Tí, su Hija predilecta, todas las perfecciones y las gracias que la hicieron la mas perfecta entre las hijas de Adán. La sabiduría del hijo prodigo á Tí, su Madre, los privilegios mas singulares, la pureza mas grande y sublime, el amor mas generoso y tierno, y por eso todos te llaman Madre del Hermoso Amor. El Espíritu Divino infundió en Tí, su casta Esposa, la caridad mas ardiente, sus caricias y dones mas preciosos, y cuando vió su obra perfecta y bien aca-

bada, El mismo se complace y te dice: "¡Qué hermosa eres, Amada mía, Paloma mía, no hay en Tí la menor mancha...!" ¡Oh María! Dios ha criado en mí un corazón para amar lo bello, lo hermoso: y ¡dónde encontraré después de Dios, Belleza mas Hermosa, Hermosura mas Bella! ¡María! ¡María! Alegría de mi corazón, miel de mi boca, melodía armoniosa de mis oídos ¡qué dulce es tu memoria para los que te aman! ¡qué suave tu nombre para los que te invocan! Y si tan dulce es tu memoria y tan suave tu nombre ¿qué serás Tú misma? ¡Qué sentirá mi corazón, mi espíritu y todo mi ser cuando te vea y te contemple allá en la gloria! María robadora de corazones, Tú te has robado el mio; dime: ¿dónde lo has colocado? ¡Ah ya lo veo, está dentro del tuyo: te lo robaste y lo pusiste en tu seno amoroso. Ya no lo quiero; pero si me lo vuelves, que sea santificado, purificado, inflama-

do, abrasado, embriagado de amor. Así creo que lo harás porque eres Madre del Hermoso Amor.

Madre de mi vida, Vida de mi alma, acuérdate de mí, soy tu hijo aunque ingrato. Mira que vivo entre peligros y riesgos, y por eso muy expuesto á perderme. En Tí solo he puesto toda mi confianza para vivir bien, morir santamente y salir con bien del juicio que me espera por mis muchos y grandes pecados. María Madre mia, dame tu bendición y toma mi corazón.

Tres Ave Marías para concluir, repitiendo al fin de cada una:

Inmaculada y divina María, hacédme humilde y casto.

✠
JHS.

La Santidad á poca costa.

I Todos quisiéramos ser buenos, y por lo mismo no hay personas que abiertamente quieran ser malas; así como todos quisieran saber, y á nadie le gusta pasar por ignorante. Pero la ciencia y la santidad no se heredan; hay que procurárselas á fuerza de trabajo.

Quedamos, por consiguiente, en que querrían ser buenos; pero en realidad no lo quieren ser los que no ponen los medios, sino que se dejan llevar de la corriente de sus vicios, no negando á sus pasiones los deleites que reclaman, por más que estén prohibidos.

II. De los que buscan la santidad, los hay que mezclan lo sagrado y lo profano, lo bueno y lo malo,

195

encendiendo una vela á San Miguel y otra al que está á sus piés.

Salen del teatro para ir al día siguiente á comulgar, dejan el devocionario para leer la novela medio inmoral y con ribetes de impía; se suscriben á periódicos que se permiten la chanza irreligiosa, y que dán con preferencia cabida en sus columnas á las noticias, falsas ó verdaderas, en que hacen mal papel los ministros del altar, ó las personas que pasan por religiosas.

Estos tales quieren gozar de Dios y del mundo, y lo cierto es que ni gozan de lleno de la paz de la virtud, ni del bullicio del mundo.

Con Dios no se juega: á Dios no se engaña. Es nuestro Criador; cuanto somos y tenemos á Él se lo debemos, y quiere todo nuestro corazón, no á medias. Tenemos que ser, ó del bando de Dios ó del de Lucifer.

III. Es muy frecuente encontrar no pocas personas, sobre todo mu-

jeros, que quieren, al parecer de veras, santificarse; pero, ó no aciertan con el verdadero camino, ó pierden en él mucho tiempo miserablemente.

Todo su afán es rezar mucho, asistir á todos los sermones, no perder novena ninguna, pero todo esto con poco aprovechamiento espiritual. Son personas que no dan escándalos, que visten modestamente, pero voluntariosas, que no modifican su carácter, y quedan siempre con las mismas imperfecciones. No hacen grandes pecados, pero tampoco grandes actos de virtud.

Se equivoca el mundo cuando dice que esa clase de gente es la peor; pero también es verdad que pudiera ser mucho mejor.

IV. Pues entonces ¿en qué consiste la vida de perfección? En hacer cosas extraordinarias? ¿Está reñida la santidad con las prácticas de virtud que frecuentan esa clase de personas? De ningún modo.

¿Qué hizo el Salvador durante la principal parte de su vida, antes de exponer su ley y confirmarla con milagros? Lo que todos, pero bien hecho, con vida, con espíritu. La misma obra bien hecha se diferenciaría de la mal hecha, ó no tan bien, en pequeñeces, en cosas al parecer insignificantes, á veces inapreciables á los ojos del cuerpo, y estimadas y premiadas solo por Dios.

En Jesucristo, el hablar, el andar, el trabajar y otras obras por el estilo, aunque quisiéramos prescindir por un momento de que eran de valor infinito porque eran obras del Hombre Dios, tenían grande valor y mérito por la perfección con que estaban hechas.

Esa perfección tiene dos partes. Hacer las obras con pureza de intención y sin faltas.

Hacer las obras, virtuosas de suyo, por vanidad, para ser vistos y alabados, por gusto natural, por costumbre, sin que tome en ellas a-

penas parte el corazón, es hacer obras sin espíritu ni vida para el cielo. Rezar sin fijarse en la significación de las palabras, estar en la iglesia, pero teniendo voluntariamente el corazón fuera de ella, son obras en todo ó en gran parte vacías de merecimiento; más que virtudes, serán las más de las veces apariencia de ella. Otras cosas peores se pueden hacer, pero también otras mucho mejores.

✱ Háganse por dar honra y gloria á Dios, para hacerle gracias por los beneficios recibidos de su liberal mano, para pedirle nuevos favores, y satisfacer por los pecados, para aliviar en sus padecimientos á las benditas almas del purgatorio, ó librarlas de las penas, ó por otros fines como estos; procuremos que al movimiento de los labios y á la pronunciación de las palabras se junte al afecto del corazón; pensemos lo que decimos y hacemos, en el Señor á quien lo dirigimos, en los

bienes que deseamos alcanzar de este modo; y las obras se diferenciarán de las anteriores como lo vivo de lo pintado, lo real de lo imaginario.

Las oraciones hechas con este espíritu llegan al cielo, y mueven á Dios á concedernos inestimables mercedes. Hechas sin fervor, sin atención, poco derecho pueden tener á que Dios las acoja favorablemente.

Formemos por la mañana intención de hacerlas de este modo; renovémosla entre dia, sobre todo al empezar las principales acciones; examinemos de cuando en cuando cuál es el móvil que nos hace practicarlas; qué intención tenemos en ellas; pidamos al Señor luz para conocer el bien y fuerza para ponerlo en ejecución, y nuestras obras serán aceptas á Dios, y viviremos dias llenos, no vacíos de merecimientos.

V. Llegamos á la parte, si no la más importante, aunque lo es mu-

chísimo, á lo menos la que prácticamente ofrece mayor dificultad, esto es, al ejercicio de las que llama San Francisco de Sales *pequeñas virtudes*, que realzan las obras buenas al propio tiempo que las libran de muchos defectos é imperfecciones.

Llámanse pequeñas estas virtudes, porque versan sobre objetos pequeños, como una palabra ó gesto, una mirada ó acto de atención, ó cosas semejantes; pero si se atiende al principio de donde provienen, y al fin á que tienden, son en realidad grandes y sublimes, porque elevan á muy grande santidad.

Perdonar con indulgencia los defectos ajenos, aun á las personas que no harán otro tanto con nosotros; disimular en los otros, como quien no las ve, las faltas manifiestas propias del genio, en vez de descubrir las que están ocultas; apropiarse por la compasión las penas de los desdichados para hacerlas mas llevade-

ras, y mostrar alegría al saber los sucesos prósperos de los otros, para aumentarlos; admitir facilmente y aprobar las ideas buenas de los compañeros ó amigos, y aun de los extraños, aplaudiendo sin envidia su talento; prevenir con solicitud las necesidades ajenas, para evitar á los otros la pena y la humillación de pedirnos un favor; tener un corazón noble y generoso que, si hace poco, se ve que estaría dispuesto á hacer aun más en provecho ajeno; guardar afabilidad y ánimo tranquilo oyendo, sin dar muestras de enfado, á los importunos; instruir á los ignorantes sin humillarlos; guardar atenciones y ser afable sin afectación, si no con cordialidad y sinceridad cristiana: todos estos y otros actos semejantes pasan muchas veces sin que nadie los advierta, y con todo suponen y procuran mucha perfección.

La afabilidad y condescendencia, la sencillez y mansedumbre, la ama-

bilidad y dulzura cristiana en las miradas y palabras, en las acciones y aun en los gestos, son virtudes muy preciosas que hacen de las obras más vulgares é insignificantes un riquísimo manantial de merecimientos.

VI. Estas virtudes son necesarias á todo el que vive en sociedad para procurar y fomentar la paz y buena armonía, evitando las causas de disgusto. De la falta de estas pequeñas virtudes vienen frecuentemente grandes turbaciones, desavenencias y aun enemistades en las familias, pueblos y naciones.

Una persona muy entendida ponía por virtud muy principal, que supone otras muchas, la de *hacerse cargo*.

Tienen además la ventaja de que no están expuestas á la vanidad como otras virtudes ruidosas y de ostentación. Las más de las veces se practican sin que las advierta sino Dios, que las ha de premiar.

Las obras extraordinarias ocurren rara vez ó nunca; éstas son de todos los dias, y se puede decir que de todos los momentos, las más de las veces sin tener que buscarlas. Algunas virtudes no se pueden practicar estando enfermos ó careciendo de riquezas; las *pequeñas virtudes* son para todos, y para todas las edades, sexos y condiciones de la vida.

Hagamos con este espíritu los ejercicios de devoción y todas las obras ordinarias; examinémonos frecuentemente y con sinceridad, mirando qué defectos afean nuestras acciones para quitarlos; y en el trato con los de casa y con los de fuera tengamos presente aquella gran virtud social y religiosa de *hacerse cargo* de todo, mirando á las circunstancias, disimulando los defectos ajenos, conllevando á los demás; que también á nosotros nos tendrán que sufrir no poco, y disimularnos no pequeños defectos.